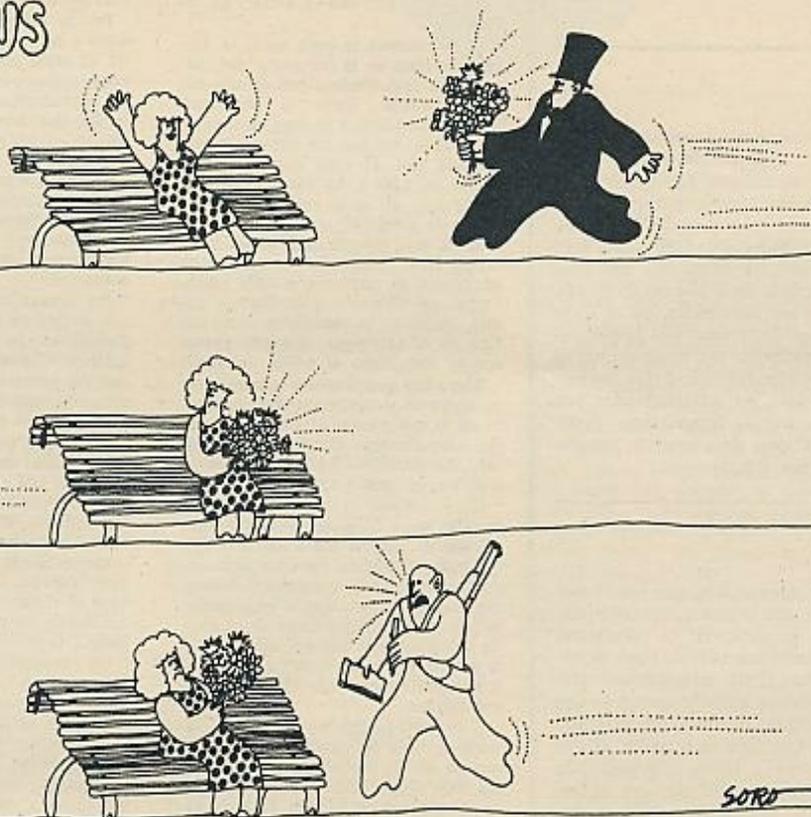


MASSIUS



una potencia de 500 kilotonnes, fue ya anunciada en el pasado mes de mayo. También está prevista, para enero de 1971, la fabricación de un nuevo ingenio balístico submarino, el «Poseidón». De este modo, el número de cabezas nucleares norteamericanas, calculado actualmente en 2.382, será de 7.530 en el 75. En este número están incluidas las 4.960 ojivas a instalar en un total de 496 misiles «Poseidón» (lo que equivale a 10 bombas por cada ingenio). Los soviéticos, por su parte, ya han iniciado la construcción del enorme I. V. B. M. «SS-9 Scarp», provisto de tres cabezas nucleares.

El proyecto americano-soviético no afectará al desarrollo de esta nueva generación de armamentos, sino que tratará tan sólo de evitar que el desarrollo de la siguiente se lleve a cabo sin ningún tipo de control internacional. Tampoco se trata de impedir la construcción de M. I. R. V., ya que, según los expertos, estos ingenios podrían fabricarse perfectamente en serie sin pruebas de vuelo previas. Por eso precisamente, Sigvard Eklund, director de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (A. I. E. A.), al ser consultado recientemente por los delegados norteamericano y soviético en el S. A. L. T., Smith y Memionov, contestó que «el proyecto de acuerdo es peligroso, ya que puede dar a la Humanidad la ilusión de que está a salvo, cuando la verdad es que se habrá

triplicado la cantidad de explosivo nuclear disponible para exterminar a cada uno de los hombres que pueblan la Tierra».

MERCENARIOS

Suben

los sueldos

Los mercenarios franceses ya no están en paro. El fin de la secesión katan-gueña, el acuerdo entre monárquicos y republicanos en el Yemen y la derrota de Biafra les había dejado sin trabajo y, consecuentemente, sin dinero. Pero han vuelto a encontrar empleo: ahora se dedicarán al entrenamiento de los comandos de determinadas organizaciones palestinas, como el FPLP. Desde finales de mayo, unos sesenta veteranos de Katanga y de Biafra han firmado un contrato en una pequeña oficina de reclutamiento situada en el centro de París.

En grupos de siete u ocho, estos voluntarios toman, nada más firmar el contrato, el primer avión rumbo a Damasco o a Beirut. Después de pasar unos días en un centro de instrucción próximo a la capital siria, se dirigen bien a los campos de entrenamiento palestinos, bien a las zonas de combate

en el frente del Jordán. El salario no es elevado: 2.500 nuevos francos al mes, que se depositan en un Banco de París. Pero de algo hay que vivir.

Para los próximos días hay previstas nuevas salidas de mercenarios. Se calcula en 80 ó 90 el número total de franceses que han firmado o firmarán el contrato. A los franceses hay que añadir otros voluntarios belgas, italianos y británicos. Los mercenarios han recibido la consigna de tratar de no llamar la atención. Tan sólo se les permite enviar una tarjeta postal cuando llegan a Damasco.

Parece ser que también el nuevo gobierno camboyano tiene necesidad de mercenarios y que ha establecido ya contacto con veteranos de Indochina o Corea. En este caso, los salarios son, al parecer, más altos.

LOS «TUPAMAROS»

Asalto

a un cuartel

¿Es posible asaltar, con éxito, un cuartel militar situado en zona céntrica, en una capital de millón y medio de habitantes? Los «Tupamaros» lo ocuparon durante más de dos horas, ataron a toda la guar-

nición, hicieron entrar un camión, lo cargaron con más de trescientas armas largas, izaron una bandera revolucionaria en el patio central y se marcharon tranquilamente, sin un solo rasguño. Y todo, a unas pocas manzanas del palacio del gobierno.

Montevideo.—Fernando Garín se quita el casco. A ciento cincuenta metros de distancia es imposible identificarle. Pero el hecho es que todo estaba previsto así, incluso ese gesto. Es el 29 de mayo, dos menos cuarto de la madrugada. Garín es ordenanza de guardia y, por eso, el centinela, con su fusil R-15 al hombro, en el portalón de entrada del Centro de Instrucción de la Marina uruguaya, no presta atención a este gesto intrascendente. Los tres hombres que viajan en el coche que acaba de arrancar por la calle Washington, en dirección al Centro, saben con certeza que, inequívocamente, quien se ha quitado y vuelto a poner el casco es Garín, veintitrés años, natural del poblado de Juan Lacaze, hijo de uno de los fundadores del sindicato textil.

Junto al coche desfila el viejo murallón del centro militar. A un centenar de metros, a pesar de la hora, ruedan todavía nutridas filas de automóviles por la rambla que bordea el mar montevideano. En la azotea, sobre el portalón de entrada, hay otro soldado de guardia. Dentro del viejo edificio, unas sesenta personas, entre marineros y oficiales, duermen. Hay una tercera guardia en el fondo, del lado de la calle Lindolfo Cuestas. En los alrededores, diecinueve militantes «Tupamaros», al acecho de los acontecimientos.

Todo depende ahora de los tres hombres que van en el coche y, sobre todo, de la sangre fría de Garín. Cuando el automóvil se detiene frente al portalón, los centinelas se inquietan. Dos de los «Tupamaros» se adelantan fuera del vehículo.

—Somos de la policía. Necesitamos ver al oficial de guardia —lo han dicho en tono firme, autoritario.

El centinela llama al ordenanza. Garín se presenta, ceñudo, fingiendo desconfianza. Se aparta y revisa los papeles de los supuestos agentes. Luego les hace entrar.

La escena es seguida con todo detalle por otros miembros del comando «Tupamaro», oculto en las sombras de la callejuela, a un centenar de metros. Antes de franquear el portalón, uno de los hombres lanza una mirada rápida hacia arriba: en la azotea, a unos cuatro metros sobre el nivel de la calle, el centinela, ya conflagado, deja descansar su R-15 con la culata en el suelo.

Veamos ahora la escena desde la intersección de las calles Washington y Guarani en este barrio portuario. Si uno desciende hacia la Rambla, dos manzanas más abajo, desemboca en la calle Buenos Aires. Doblando hacia la izquierda, en doce manzanas, uno está en plena plaza de la Independencia, frente al palacio de la presidencia del Uruguay. Una pareja de enamorados desciende por Washington, sin que sepamos por dónde proceden. Junto al murallón gris, el «policia» les interpela: —Identifíquense.

(Gesto de manos nerviosas, señales de impotencia: el muchacho busca en los bolsillos; ella, en su bolso.)

—No tenemos —dicen en alta voz—. Somos estudiantes del Alfredo Váz-

medicina

El sol y sus problemas

Gracias especialmente a las revistas llamadas femeninas, los veraneantes creen saber todo lo que respecta a la acción del sol sobre la piel. Nadie emplea ya en la playa agua de colonia. Las mujeres no utilizan maquillaje de labios a base de eosina cuando están junto al mar. Sin embargo, hay algo que ignora aún mucha gente, y es que existen unos cuantos medicamentos cuyo poder "fotosensibilizador" o "fototóxico" puede resultar un tanto grave. No es posible una buena convalecencia al sol si el paciente continúa bajo tratamiento. Los principales medicamentos de este tipo son las sulfamidas, ya se trate de simples antisépticos o antidiabéticos; los diuréticos, que tantas veces se emplean en las curas de adelgazamiento; las mujeres no se expondrán al sol mientras estén consumiendo diuréticos; los antimicrobianos, ya sean en forma de pomada o para ser administrados por vía bucal; las fenotiacinas, y, por último, ciertas tetraciclinas. Señalemos también que la mayoría de los productos desodorantes sensibilizan igualmente la piel humana a los rayos solares.

Lo que cuesta ser padre

Estudios epidemiológicos recientes han demostrado que un 11 por ciento de los futuros padres presentaban trastornos psicopatológicos, provocados por el embarazo de la mujer. Explicación: la paternidad equivale a cierto «stress» afectivo; sus efectos son casi siempre positivos, pero algunas veces ocurre lo contrario. Para adquirir su identidad de padre, el hombre necesita un aprendizaje auténtico por más que inconsciente. El desarrollo de este aprendizaje puede estar marcado por incidentes que van desde los celos del niño que va a nacer, al que el padre quizá considera un rival en potencia, hasta una profunda tendencia al «rechazo» de éste. Estos trastornos no siempre se expresan a través de lo psíquico: a veces se manifiestan bajo el disfraz de dolores de cabeza, estreñimientos o diarreas, pérdidas de apetito y, más raramente, impotencias sexuales.

Estos descubrimientos de la ciencia moderna esclarecen una costumbre observada con frecuencia por determinados pueblos de la antigüedad y que aún pervive entre los indios de América del Sur. Según la creencia popular, hay una especie de transferencia mágica de los dolores del parto de la madre a la persona del padre: éste se hace la ilusión de participar activamente en el nacimiento del niño, por lo que llega hasta a guardar cama y recibir visitas de simpatía.

Elegir el sexo

Por vez primera, y con ayuda del microscopio, se han podido distinguir los espermatozoides que van a ser origen de una persona del sexo masculino de los que van a serlo de una persona del otro sexo.

Los investigadores del Guy's Hospital, de Londres, y de la Universidad de Oxford han preparado un colorante fluorescente que permite ver, en el núcleo del espermatozoide, el cromosoma Y, determinante del sexo masculino.

Como el colorante en cuestión mata tanto a los espermatozoides femeninos como a los masculinos, no cabe utilizar el procedimiento para destruir selectivamente a los segundos y asegurar, de ese modo, el nacimiento de una niña. Pero por lo menos servirá para comprobar la eficacia de otros métodos destinados a separar entre sí a los espermatozoides masculinos y femeninos. Uno de estos métodos consiste en la centrifugación del esperma: los cromosomas Y son más pequeños y más ligeros que los X, de signo femenino; por eso estos últimos se concentran más rápidamente que los primeros en el borde de la centrifugadora. Pero este resultado teórico sólo podía verificarse a base de experiencias de inseminación artificial, nada concluyentes. La nueva técnica permitirá determinar con certeza si la centrifugación —o cualquier otro procedimiento— lleva o no a cabo una selección eficaz entre los espermatozoides de los dos sexos.

Estas investigaciones quizá ofrezcan a los padres la posibilidad de escoger el sexo de sus hijos, siempre y cuando estén dispuestos a concebirlos con ayuda de la inseminación artificial. Sin embargo, es en la cría de animales domésticos donde mayores aplicaciones puede tener el nuevo descubrimiento. ■ Dr. S. B. SIMON.

quez Acevedo. Lo pueden comprobar.

—Ya veremos —responde el policía, y les conmina a entrar en el cuartel.

Si orientamos la vista hacia la azotea, envuelta en la semioscuridad, vemos que está desarrollándose una escena paralela. Garín se encuentra junto al centinela y le dice que viene a relevarle. No son las dos de la madrugada aún. El reloj marca escasamente la 1,50 a. m. Hay demasiada «actividad» en esta madrugada, y el centinela presiente que algo no marcha. Es algo que se nota en su indecisión. Pero Garín —cualquiera que se adelantara un tanto por la calle Washington en dirección a la Rambla podría verlo— le encañona con su Colt 45 el estómago, mientras agarra con la otra mano el cañón del fusil.

Ahora hay que observar la escena en su conjunto si queremos darnos cuenta de lo que ocurre. El «policia» y los dos «estudiantes» encañonan al centinela del portalón. Desde arriba, Garín, a su vez, le apunta con el fusil.

Cuando Garín y los dos supuestos policías entraron en el recinto militar, el cabo de guardia fue a llamar al oficial correspondiente. No albergaba sospecha alguna y, consecuentemente, tampoco se le pasó por la imaginación pulsar el timbre que tenía al alcance de la mano y que hubiera hecho sonar la alarma en los dormitorios. El oficial y el cabo fueron reducidos y atados con rapidez.

El invierno facilita las cosas. Los marinos, además del casco, usan un poncho de abrigo, fácilmente intercambiable. Dos «Tupamaros» ocupan el lugar de los marinos de guardia. Ya nada podemos hacer ahí fuera, en la calle, porque el Centro de Instrucción de la Marina vuelve a tener el mismo aspecto exterior de todas las noches. Si nos trasladamos al patio central —con el asta de la bandera en el centro—, bordeado por las viejas edificaciones

llaves de los calabozos. A los veinte minutos son por fin abiertos, y encierran en ellos a los militares.

Por el portalón entra ahora un camión y se estaciona en medio del patio. El comando vacía el arsenal y recoge, incluso, las armas dispersas por los dormitorios. En total, 300 armas largas, dos ametralladoras de 30 milímetros, 60.000 cartuchos, 150 revólveres Colt, 40 pistolas calibre 45, varias metralletas y seis fusiles R-15, de los utilizados por los norteamericanos en el Vietnam. Se llevan también 75 granadas de demolición, de gran poder, utilizadas asimismo en Indochina.

De pronto ocurre algo imprevisto: dos marineros de la guarnición —que disfrutaban de permiso— llegan, saludan al «Tupamaro» de guardia y pasan sin percatarse de la situación. El comando, que todo lo tiene planificado, les reduce en la entrada misma.

A las 3,30 parte el camión con las armas y casi todos los integrantes del comando. Los «Tupamaros» se vuelven como rápidas sombras entre los vetustos edificios. Quedan seis de guardia. Todos los hilos telefónicos han sido cortados desde el inicio de la operación. Cuando el camión se aleja se hace el silencio. Se oyen, nitidos, los claxons de los vehículos que aún circulan por la rambla portuaria.

Un miembro del comando iza tranquilamente la bandera de los «Tupamaros», saca fotos de los militares encerrados, de la bandera, de las inscripciones revolucionarias que han pintado en las paredes. Garín deja una carta en que explica cómo no pudo soportar las tertulas infligidas a obreros de Usinas y Teléfonos del Estado (UTE), detenidos durante una huelga en 1969.

A las 4,15 se retiran los últimos miembros del comando. Los «Tupamaros» se van, repartidos en coches estacionados por los alrededores. Pasa bastante tiempo hasta que un grupo de



Vista parcial de Montevideo, la ciudad que sirvió de escenario a la inverosímil aventura de los «Tupamaros».

que albergan las diferentes dependencias, vemos cómo entran por el portalón otros diecisiete comandos. La cuadra que duermen treinta marinos es ocupada. Lo mismo que la enfermería, el cuarto de buceo, el de reclutas, el de los oficiales, la sección de artillería...

Todos tienen que formar en el patio central. La mayoría viene en ropa interior. Hay cierta tensión entre los «Tupamaros» porque no aparecen las

marinos, que logra abrir las cerraduras, corre a dar la voz de alarma al Servicio de Inteligencia del Ejército, situado a dos manzanas de distancia solamente.

Los agentes se movilizan, como también fuerzas de la Marina. Pero ya en el Centro de Instrucción sólo queda la bandera izada. Con el amanecer del día 29, el Presidente, el ministro de Defensa y altos jefes militares, inician una reunión de urgencia.